

Contestación a una pregunta

Larra («Fígaro») vino a Mérida porque su objetivo era Badajoz

En el extra dedicado a la ciudad de Mérida, correspondiente al pasado año de 1975, tuve el placer de leer un hermoso artículo, firmado por Carlos de Aguilera Salvetti, que me hizo mucha impresión.

El trabajo aparecido en las columnas de HOY versaba sobre los dos artículos literarios que Mariano José de Larra («Fígaro») dedicó a la Mérida eterna, aparecidos en «Revista Española», de Madrid, año de 1835.

En el trabajo de Aguilera Salvetti, sobre la estancia y función periodística de Larra en Mérida, se dicen cosas interesantes, ahitas de una profundidad psicológica implicada por la personalidad del gran periodista romántico, víctima propiciatoria más de su siglo, que de sus desgraciados amores con Dolores Armijo de Cambronero.

Ciertamente que Larra, cuando arriba a Mérida, en la primavera de 1835, acompañado de su íntimo amigo don José María Negrete (conde de Campo-Alange), no lleva el espíritu propicio a «las indulgencias» periodísticas. Sabe de las soterradas grandezas de Mérida, la Augusta de los días imperiales y le duele en la intimidad del alma ese olvido secular que no respeta ni las osamentas misericordiosas de los sucumbidos designios de civilizaciones periclitadas.

En otros aspectos del problema psicológico, el espíritu de Larra es ya un volcán incontenible, a punto de estallar, donde un dolorido corazón, por el problema amoroso, late también por las doloridas tristezas de España.

Larra —hombre de conceptual cultura, más que erudito— no pudo, no podía ver otra cosa en Mérida en sus dos artículos a ella dedicados, que lo que estaba en su fuero interno. Por ello, sin afán de ofender a nadie, dijo, bien dicho, escribió: «Los emeritenses viven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los búhos y los vencejos que en su compañía las habitan».

Mariano José de Larra, «Fígaro», de haber leído al poeta García-Sánchez de Badajoz hubiera citado estos versos:

«Mérida, que en las Españas, otro tiempo fuiste Roma, mira a mí, y verás que en mis entrañas... hay mayor fuego y carcoma que no en ti.»

POR QUE VINO A MERIDA LARRA

Carlos de Aguilera Salvetti, en su trabajo del año pasado, se pregunta: «¿Por qué viene Larra a Mérida en 1835?»

Desde luego —decimos nosotros— «Fígaro» no llega con el exclusivo fin de visitar los gloriosos vestigios del pasado, muy a pesar de que él mismo se da una explicación o respuesta: «Arde la guerra en carlista en el norte y el panorama político-literario de Madrid es estremecedor». Pero su explicación viene a resultar de tono «sui generis». El motivo era otro. Nada hacía suponer por el constante éxito de sus colaboraciones literarias y periodísticas este precipitado viaje, mejor convendría decir huida. Por entonces acaba de estrenar en el teatro del «Príncipe» una comedia y su editor de entregarle un tomo que reza: «Fígaro». Colección de artículos dramáticos, de costumbres políticas, publicados en los años 1832, 1833 y 1834 en «El Pobrecito Hablador», «Revista Española» y «El Observador», por don Mariano José de Larra (tomo I. Imprenta Repullés. Año 1835).

La verdad de su precipitado viaje, por un lado, es que ha roto con Dolores Armijo. Ella, más interesada en la ruptura que Larra. Es más, Larra sabe que Dolores va a ausentarse de Madrid y al escritor, tal noticia, le ha sumido en una angustia inconsolable. Por otro lado, el doctor Larra, padre del escritor, le ha comisionado para que en París cierta persona le haga efectiva la suma de 23.000 francos «que se le deben», desde hace varios años.

Entonces Larra visita a su buen amigo don José María Negrete, conde de Campo-Alange, también escritor de artículos más o menos de «costumbres».

Este amigo de Mariano, además de ser inteligente, es rico. Había nacido en Corral

de Almaguer, en 1812 y falleció en 1836, antes que Larra. Uno de los mejores trabajos de Campo-Alange se titula: «Recuerdo de Sevilla: El Guadalquivir», un modelo de dinámica agudeza periodística.

Larra le visita y entre los dos organizan el rápido viaje a tierras extremeñas, donde Campo-Alange posee varias fincas. El prócer comprende la angustia de su amigo «Fígaro» y le dice:

—«No se hable más, mañana o pasado nos marcharemos a mis fincas de Extremadura. Cualesquiera de ellas, la que esté más cerca de Badajoz. Haremos excursiones de vez en cuando... ¿A dónde has dicho que va a residir Dolores Armijo por una temporada?»

—Va a Badajoz-capital, tiene allí a un tío, don Alfonso Carrero, que ejerce el cargo de intendente del Estado en la capital de la Baja Extremadura.

LARRA EN MERIDA Y BADAJOZ

Dos días después de esta conversación los dos amigos, perfectamente equipados y escoltados, enfilaron la carretera real. Hacen rápidas las jornadas. Cercanos ya a Mérida, un alto para tomar un refrigerio en la casa de postas del Puente de Freneda. El posadero les recuerda que hace cinco años, por estos alrededores, llamados «Alto del Confesionario» y «La Guía»;

• En Badajoz pensaba entrevistarse con su ex amante, Dolores Armijo (1835)

Por Tomás Rabanal Brito

del 9 al 10 de septiembre de 1830 fue robada la Real Mensajería, que hacía los viajes de Badajoz a Madrid, «lo cual —dice el posadero a sus huéspedes— ha dado motivo a fuertes medidas de vigilancia por parte del excelentísimo señor don José Sanjuán, capitán general de Extremadura».

Larra y su amigo siguen viaje y el día 28 de marzo de 1835 llegan a Mérida, siguiendo después hasta la finca de Campo-Alange, que sorprende a Larra. En medio del campo extremeño, la casa tiene empaque señorial y está amueblada con exquisito gusto.

Dos días después Larra deja a su amigo en la finca. «Fígaro» ve la ciudad transida en su propia grandeza, comprensible a la sensación angustiosa de su espíritu. ¿Qué lejos todo el pasado brillo! Pasea Larra las calles. Algunos viejos y ostentosos palacios están cerrados. Después de almorzar sale de la fonda, esquina a la calle de Santa Eulalia, poco más o menos donde ahora existe un colmado de ultramarinos. Este fondín con el tiempo se



Larra en 1835, cuando visitó Mérida y Badajoz.—(Archivo: T. R. B.)

llamó «Hotel del Comercio», muy anterior a otro del mismo nombre y en el mismo lugar.

Hay noticia documental de que el día 15 de abril de 1835 Larra está todavía en Mérida o en la finca de Campo-Alange. Pero su objetivo, su meta, es procurarse una entrevista con Dolores Armijo, que ya está en Badajoz. Campo-Alange le anima y «le propone entrevistarse con la amada». El marido de Dolores se ha quedado en Madrid, atendiendo sus obligaciones de abogacía.

Posiblemente fracasó en su loco intento de verla para restablecer el idilio roto en Madrid por voluntad de ella, pero por lo menos debió escribirla, pues hay una carta, fechada el

hace siglos de su diadema brillante, está comida de silencio: un silencio que pesa... que ahoga.

El día 27 otra vez en Badajoz y en la madrugada primavera, su equipaje preparado para partir. Campo-Alange le presta su coche y caballos que le conducirán hasta Elvas la blanca. Después hacia Lisboa. A las siete en punto de la mañana arranca el carruaje. Al traspasar la frontera, Larra siente el agudo dolor de España; él, que tanto la ha fustigado en sus mordaces, elegantes, satíricos e hirientes artículos... se autoconfiesa y escribe esta hermosa página:

«Tendí por última vez la vista sobre la Extremadura española, mil recuerdos personales me asaltaron: una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón y una lágrima asomó a mis ojos. Un minuto después la patria quedaba atrás y arrebatado con la velocidad del viento, como si hubiese temido que un resto de antiguo afecto mal pagado me detuviera o me hiciera vacilar en mi determinación, expatriado corría los campos de Portugal. Entonces, el escritor de costumbres no observaba. El hombre era sólo el que sentía.»

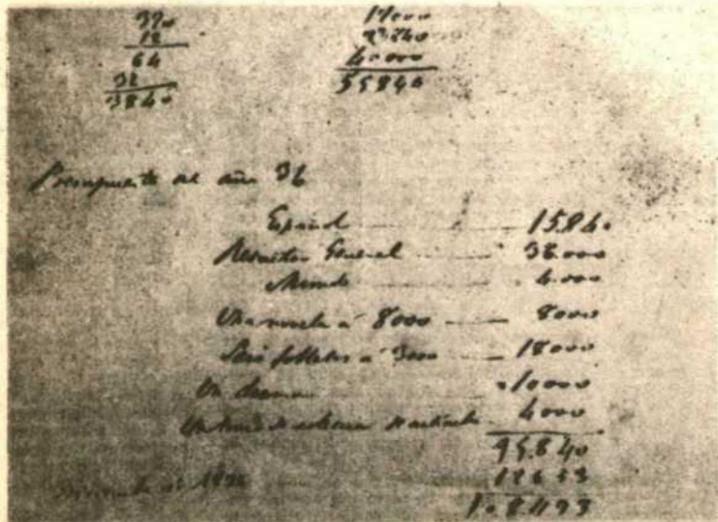
Días después, a la vista del río Tajo, escribiría estos versos:

«Río Tajo, río Tajo, el de la corriente undosa; el que padre, España nombra;

tú me viste más feliz que infeliz me ves ahora; aún no pasarían seis lunas y pasó mi dicha toda.»

Y este tono desgarradamente lírico parecía ya el anuncio de su trágico fin. El ocaso definitivo de la mejor pluma de la primera mitad del siglo XIX.

Nadie como Mariano José de Larra adivinó la tragedia permanente social de España, la pereza secular de los dirigentes de la cosa pública plasmada en esta frase tan significativa de nuestros quehaceres y mixtificaciones: «VUELVA USTED... MAÑANA!»



Cuartilla autógrafa de Larra, encontrada en el archivo de un antiguo palacio emeritense. En estas notas proyectaba «Fígaro» lo que pensaba ganar en 1836.—(Archivo: T. R. B.)